

IN MEMORIAM: EXCMO. SR. D. MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN

Palabras del Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes

Marcelo González Martín (16 enero 1918-25 agosto 2004), un gran académico

El 11 de junio de 1974, conducido por nuestros compañeros Cordero Torres y Arnáiz Vellando, comenzó a impartir su magisterio en esta Real Academia el cardenal monseñor González Martín. El 25 de agosto de 2004, en Fuentes de Nava (Palencia), su voz ha callado, pero quedan sus obras y su ejemplo. Había nacido en Villanubla, Valladolid, el 16 de enero de 1918. Había estudiado en el Seminario de Valladolid, y después se había graduado en la Universidad Pontificia Comillas, en la Facultad de Teología. Tras ordenarse sacerdote en 1941, fue catedrático de Teología Dogmática del Seminario de Valladolid y profesor de Religión de las Facultades de Derecho y Medicina de la Universidad de Valladolid. Eran aquellos años de una dureza extraordinaria en la vida económica y social española. Por eso destacó para siempre su preocupación por resolver los problemas sociales del momento en la diócesis vallisoletana, como consiliario de Acción Católica, de Cáritas Diocesana, de la Constructora Benéfica «San Pedro Regalado». Los resultados de esta tarea impresionan: centenares de viviendas, suburbios transformados, filiales de Institutos de Enseñanza Media en zonas de baja renta, talleres de formación profesional, un colegio diocesano para más de mil alumnos, un Colegio Mayor para universitarios, Academias nocturnas... Lorenzo Gomis recordaba así no hace mucho aquellos tiempos, en los que el entonces canónigo González Martín tronaba contra los opulentos, al contemplar la muerte de un pobre por inanición: «Un

día, a mediados de los cincuenta, se presentó en mi casa un joven canónigo de Valladolid: era don Marcelo. Seguía atentamente el movimiento de autocrítica católica de aquellos años. Leía con entusiasmo a José María García Escudero y con atención a José Luis López Aranguren. Estaba suscrito a *El Ciervo*.

Ese talante queda claro en el lema escogido cuando fue consagrado obispo de Astorga: *Pauperes evangelizantur*. Intervino en el Concilio Vaticano II de modo destacado. Los documentos pastorales publicados como Obispo de Astorga muestran, entre otras cosas, su percepción de los problemas sociales y sus orientaciones en este sentido. Sus tareas como hombre de acción tenían una base intelectual típicamente reformista. Destacaría, en el año 1963, los documentos titulados *Sobre la enajenación de bienes eclesiásticos*, *Sobre la campaña de alfabetización* y *Los emigrantes de nuestra Diócesis*; en el año 1966, *Exhortación pastoral sobre la campaña de Navidad*. Finalmente, en el año 1967, *Sobre la limosna penitencial* y *la Ciudad de la ilusión*, un centro para subnormales. Después —a partir de 1967— fue Arzobispo de Barcelona. Por declaración propia hecha ante esta Real Academia en su trabajo *Noticias de los dos últimos cónclaves* sabemos que consideraba este cargo como muy difícil, «por muchos motivos, sobre todo de tipo político». Y añadió: «Yo había ido allí resistiéndome mucho». Era un momento sociopolítico muy complicado, con un trasfondo importante de auge del catalanismo, pero aun así prosiguió con esos planteamientos relacionados con cuestiones socioeconómicas iluminadas por la doctrina de la Iglesia. En el *Boletín Oficial de la Archidiócesis de Barcelona* se encuentran, en 1967, sus trabajos titulados *Campaña contra el hambre en el mundo*, *Día del amor fraterno*, *La pobreza en Navidad*, y *Los hombres del mar*; en 1968, *Escuelas y Colegios de la Iglesia en Barcelona*, *La penitencia en la Cuaresma* y *la limosna*, *Los subnormales: hijos de Dios y miembros de la Iglesia*, *Una forma concreta de caridad: sobre el Banco de ojos, ¿Y nuestros enfermos mentales?*; en 1969, *Cáritas no encubre injusticias* y *La paz de Cristo y los derechos del hombre*; y en 1971, *Todo hombre es mi hermano*.

Creo que debo destacar esta preocupación por las cuestiones sociales del cardenal Marcelo González Martín, pero no debo olvidar que, simultáneamente, mil otras cuestiones teológicas fueron tratadas en sus escritos. Veamos, por ejemplo su libro *Don Enrique de Ossó, o la fuerza del sacerdocio*, de paso muy interesante para comprender uno de los diversos apartados del renacimiento de la religiosidad católica en Cataluña desde un punto de vista ajeno a la línea carlista-integrista que había logrado liquidar la Restauración. El cardenal González Martín comprendió bien esto a partir de su estudio sobre la transformación del Palacio Episcopal de Astorga, construido por Gaudí, cuando decide convertirlo en lo que denominó el Museo de los Caminos. En este sentido, recuérdense sus documentos *Sobre aplicaciones*

inmediatas de la reforma litúrgica (Astorga, 1965); *Decreto sobre el examen «De Universa Philosophia»* (Astorga, 1965); *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el Magisterio de la Iglesia* (Barcelona, 1967); *María, en nuestra vida cristiana* (Barcelona, 1967) que inicia una serie de documentos mariológicos muy interesantes como *El rezo del Rosario en el mes de octubre* (Barcelona, 1967), sin olvidar en esta línea teológica, *Con motivo de la canonización del Beato Maestro Juan de Ávila* (Barcelona, 1970). En esta nuestra Real Academia, dejó presencia clara de esto último en su discurso de ingreso, *Presencia del misterio*, donde la influencia de Gabriel Marcel es clara cuando señala aquello de que «realmente todas las realidades existenciales... son presencia del misterio: así, la fe, esperanza, amor, comprensión, disponibilidad, fidelidad, sufrimiento, alegría, libertad, hospitalidad». El 4 de diciembre de 1971 fue nombrado arzobispo de Toledo y primado de España, y el 5 de diciembre, los académicos González Álvarez, Carlos Ruiz del Castillo y Millán Puelles firman la propuesta para su ingreso en nuestra Corporación, en la medalla núm. 18, vacante por la muerte de don Eloy Montero.

Entró en nuestra Corporación, con la persona del Dr. González-Martín, un hombre sabio y abierto. En su discurso de ingreso, ¡qué sagacidad para exponer la que «sigue siendo todavía hoy la razón fundamental de la oposición del protestantismo ortodoxo a la Teología natural!» Y lo expone a partir de Karl Barth quien en su *Dogmatik* «niega que la creación sea objetivamente espejo de Dios, que haya «analogía» entre la creación y Dios: «Yo tengo la *analogia entis* por la invención del Anticristo y pienso que a causa de ella no puede uno hacerse católico. Con lo cual me permito al mismo tiempo considerar todos los otros motivos que se pueden tener para no hacerse católicos, como cortos de vista y no serios». Y a ello seguirá un despliegue magnífico del existencialismo ante esta cuestión del misterio.

A partir de ese momento, y aunque era un Príncipe de la Iglesia, siempre se movió entre nosotros con sin igual sencillez, y jamás sostuvo de modo rotundo postura científica alguna. Nuestro compañero Ángel González Álvarez, en su contestación al discurso de ingreso del Dr. González Martín decía que se trataba de un «varón prudente» y añadía: «El nuevo Académico es, en efecto, un hombre amasado en prudencia, virtud, como es sabido, simultáneamente intelectual y moral, rectora de la conducta al esclarecer la visión de la realidad, domeñar la veleidad del querer y fijar la voluntad en el bien de las cosas. Complicada hasta el extremo —continuaba el académico González Álvarez— es la estructura de la acción prudencial. Ya el esclarecimiento de lo que debe ser hecho implica memorias de lo pasado, vivencias de lo presente y previsión de lo futuro. La obra de don Marcelo González Martín rezuma prudencia. Por tanto, indaga pacientemente en la tradición y en la Historia para actualizar las experiencias válidas acumuladas en el pasado;

se atiene al contexto entero de las circunstancias en que estamos insertos sin olvidarse de ninguna por insignificante que parezca, y procura inventar y anticipar el porvenir».

Precisamente por eso a mi siempre me dio la impresión de tener muy presente nuestro académico aquello que yo creí que era de don Francisco Giner de los Ríos y que, de pronto, me encontré en *Las Moradas* de Santa Teresa: «Siempre en cosas dificultosas, aunque me parece que lo entiendo y que dije verdad, voy con este lenguaje de que *me parece*, porque si me engañase, estoy muy aparejada».

De aquí la equivocación de los que creyeron que las preocupaciones sociales, de las que nunca abdicó, le iban a acabar por llevar a radicalismos socio-económicos que, desde el marco de la Iglesia, son los contenidos en la Teología de la Liberación y en el movimiento Cristianos por el socialismo. Por eso, me permito glosar aquí su intervención ante nuestra Corporación el 8 de junio de 1976. Es espléndido el planteamiento del nacimiento de este último movimiento, que por su alumbramiento, en Santiago de Chile, en la semana del 14 al 16 de abril de 1971, en los primeros tiempos de la Administración del presidente Salvador Allende, se ha venido ligando al estructuralismo económico latinoamericano, que en aquellos tiempos parecía haberse hincado con fuerza en el pensamiento sociopolítico y económico iberoamericano, a partir de los mensajes de Raúl Prebisch, Aníbal Pinto, Oswaldo Sunkel y demás economistas agrupados, sobre todo, en la CEPAL a partir de 1948-1949.

Esta intervención sobre el movimiento *Cristianos por el socialismo* tiene tres partes. La primera, es una excelente exposición histórica, mucho más amplia y vinculada a Europa de lo que se suele escribir. El precedente más lejano sería el Movimiento «main tendue», surgido durante la Resistencia en Francia, que establecía la necesidad de una colaboración entre cristianos y comunistas «en el combate político». Después aparecerán el movimiento polaco Pax; las condiciones que dio a algunos la impresión de crear, para el diálogo entre católicos y marxistas, la aparición de la encíclica *Pacem in Terris* de Juan XXIII, fechada el 15 de abril de 1963, así como algunos acuerdos del Concilio Vaticano II; los *Diálogos* de los católicos de Florencia con los marxistas; el testamento político de Palmiro Togliatti; los coloquios de la Paulusgesellschaft en Chiemses (1966), y en Marienbad (1967); la presencia de católicos en las Semanas del Pensamiento Marxista en París y Lyon, desde 1964, y la de marxistas, en la Semana Francesa de Intelectuales Católicos, en París, en 1965, así como bastantes tendencias defendidas en *Jeunesse de l' Eglise*, *La Quinzaine* y *Temoignage Chretien*; la línea de la Acción Católica obrera, del Movimiento Popular de las Familias y del Movimiento para la Liberación del Pueblo,

todos en Francia, que fueron la base del Partido Socialista Unificado francés; la separación de la ACLI italiana, tras el XI Congreso de 1969, de la línea marcada por la Jerarquía italiana; asimismo, la escisión hacia el socialismo del Partido Católico Popular holandés; sin olvidar, claro es, en Iberoamérica, todo lo sucedido a partir de la Asamblea General de la Confederación Latinoamericana de Sindicatos Cristianos, de Quito; la creación en 1968, en Argentina, del movimiento de los Sacerdotes del Tercer Mundo, y en Perú del Movimiento ONIS (Oficina Nacional de Información Social), hasta desembocar en la Teología de la liberación de Gustavo Gutiérrez y en el movimiento citado de Cristianos para el Socialismo, que además de con Allende muy pronto estableció lazos con el castrismo.

La segunda parte es el contenido ideológico de este movimiento, cuya base esencial era que «como consecuencia del imperialismo capitalista» existía «una situación económica y social cimentada en la opresión y en la injusticia», por lo que «el capitalismo es intrínsecamente perverso e incorregible», y la solución «es la construcción de un auténtico socialismo, única forma, hasta el presente, de lograr una liberación total».

Todo esto tenía una especie de apoyatura sociológica universal muy fuerte, que había sido sintetizada de modo perfecto en el artículo de Schumpeter, *La marcha hacia el socialismo*, publicado, cinco meses después de la muerte de este gran economista en mayo de 1950 en la *American Economic Review*. Por eso, en aquellas fechas de 1976, en el momento en que no parecía que hubiesen surgido fisuras en estos planteamientos ni en los económicos que lo sostenían —keynesianos y marxistas en una mezcla que se creía compatible—, el doctor González Martín añadía cómo el movimiento de *Cristianos por el socialismo* estimaba que «el gran pecado histórico de nuestra Iglesia» era «haber estado la mayor parte de las veces aliada de las minorías que han dominado y explotado al pueblo trabajador», por lo que preconizaba esta tendencia que la Iglesia Católica debería irse «liberando de una imagen tradicional comprometida con el sistema capitalista o, por lo menos, favorable al *statu quo*» y convertirse en «una Iglesia nueva, que se ponga de parte de los pobres y de los oprimidos». Impresionado, en principio, por esto —y quien, con mente joven no lo estuvo en el periodo 1945-1976 que tire la primera piedra—, dirá González Martín, como colofón de esta segunda parte: «Hemos de reconocer que el Movimiento de Cristianos por el Socialismo plantea interrogantes serios y profundos a la Iglesia y a los cristianos» y «que los problemas planteados por el mismo son reales y nucleares y constituyen un desafío a los cristianos de nuestro tiempo».

Pero, tercera parte, al estudiar esta actitud escribirá, sin dudarle en absoluto, que este movimiento, «no ha sabido encontrar, en su búsqueda angustiada, las

soluciones auténticas inspiradas en el Evangelio y proyectarlas sobre la realidad agitada de nuestro tiempo; les ha faltado lucidez, objetividad y profundidad en el diagnóstico; y, sobre todo, les ha faltado fidelidad al Espíritu, que inspira y guía a su Iglesia, y al Magisterio que interpreta y actualiza auténticamente las enseñanzas de la Revelación, con la asistencia del mismo Espíritu».

La crítica la plantearía así nuestro compañero en dos planos. El primero, es el que después aclararían los economistas de modo implacable, y que intuye de modo magnífico en este documento de este modo: «Si la causa de la pobreza y del subdesarrollo y aun de la opresión radicase únicamente en el sistema capitalista, sería difícil de explicar por qué existen países socialistas en situación de subdesarrollo, y por qué países socialistas desarrollados, en sus relaciones con los países del Tercer Mundo han practicado y practican formas de explotación económica, y por qué los sistemas colectivistas han implantado formas de opresión y de esclavización del hombre, que serían impensables en una democracia capitalista moderna». El segundo ataque que formula, procede de que si bien «es cierto que una visión espiritualista y descarnada de la salvación que nos trajo Cristo no responde a la integridad del Mensaje evangélico», no se puede olvidar, y la cita que ofrece González Martín es del documento de Pablo VI, *La Evangelización del mundo contemporáneo*, algo muy importante: «La Iglesia... no identifica nunca liberación humana y salvación en Jesucristo, porque sabe por revelación, por experiencia histórica y por reflexión de fe que no toda noción de liberación es necesariamente coherente y compatible con una visión evangélica del hombre, de las cosas y de los acontecimientos; que no es suficiente instaurar la liberación, crear el bienestar y el desarrollo para que llegue el Reino de Dios», lo que enlaza con unos perfectos párrafos de Maritain con los que cerraba su intervención nuestro compañero: «Esperar la resurrección de los muertos y el juicio universal que hará reinar la justicia en la tierra y en el cielo, esperar la revelación de la perfecta Jerusalén, donde todo es luz, orden y gozo, pero esperando en las condiciones de la vida presente y de los recursos del hombre, no de la Gracia de Cristo, creer que estamos llamados a vivir una vida divina, la vida misma de Dios —Ego dixit: Dii estis—, pero creerlo de nuestra vida natural, no de nuestra vida de gracia, proclamar la ley del amor al prójimo, pero separándola de la ley del amor a Dios, lo cual rebaja el amor, fuerte como la muerte y duro como el infierno a la Categoría del humanismo; comprender que hay en este mundo algo de trastornado y horrible que no debería existir, pero sin ver que el viejo Adán sigue cayendo y el nuevo elevándose en la cruz para atraer hacia sí a las almas y querer que el mundo vuelva al orden mediante el poder del hombre o el esfuerzo de la naturaleza, y no auxiliado y sostenido por la diligente humildad de las virtudes y por los divinos medicamentos que dispensa la Esposa de Cristo mientras espera al Esposo que venga con el fuego y

renueve todas las cosas; en resumen, laicizar el Evangelio y conservar las aspiraciones humanas de cristianismo suprimiendo a Cristo: he aquí lo esencial de la Revolución».

Desde la prudencia y corrección habitual en nuestro compañero, no se podía ser más contundente. Estos dos golpes, el derivado de la intuición, realmente acertada, de cuestiones económicas, y el derivado de la teología, dejaban pulverizado todo posible interés de los católicos por el movimiento de Cristianos por el socialismo y por la teología de la Liberación. Años después el Papa Juan Pablo II liquidaría todo este asunto, también de acuerdo con lo que decían los economistas y los teólogos. Nuestro serio y prudente compañero cuando, años después, haya leído los textos pontificios, sobre todo de la *Centesimus Annus*, seguro que pensó que merecía la pena haber abordado la cuestión. Así es también, a mi juicio, como se explica, por otro lado, una deriva vital suya que lo aparta de lo que más de un banal experto, extrapolando desde los talentos de un canónigo vallisoletano, pudiera creer que era la iniciación de la carrera de otro Boff u otro Obispo de Guernavaca.

Muchos y diferentes problemas socioeconómicos bien vivos abordó en esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el cardenal González Martín. ¿Cómo, ante las reacciones del hombre masa que, en lo económico, tanto preocupaban a Keynes en 1930 y a Fogel en 1999, no destacar que resultan iluminadas por su aportación, aquí leída el 26 de abril de 1977, *La falta de interioridad, drama de la cultura actual y de la Iglesia?* ¿Y no impresionará para siempre la confianza que le hizo Pablo VI, llorando, y que nos relató —yo estaba presente— en su intervención del 7 de noviembre de 1978: «Paciencia y doctrina —le aconsejó Pablo VI para que continuase el doctor González Martín sin desánimo su labor pastoral—. Está toda la Iglesia como infeccionada de herejía. Como en los tiempos de San Jerónimo podríamos decir: «Y de repente el mundo se despertó arriano». No me obedecen —continúa el Papa—; la autoridad pontificia está muy quebrantada; incluso Órdenes Religiosas que siempre se distinguieron por su devoción y obediencia a la Santa Sede, hoy dan ejemplo de lo contrario... Pero hemos de seguir adelante con mucha paciencia». Y en estos justos momentos, ¿no deberíamos releer su trabajo aparecido en el tomo que esta Real Academia presentó bajo el título de *Escritos de homenaje a S. S. Juan Pablo II* donde publicó *Responsabilidad de la familia cristiana hoy?* Y para todo historiador de la Iglesia española ¿cómo no quedar impresionado con su disertación en Junta el 5 de junio de 1984, *Revisión de la figura del Cardenal Gomá?* ¿Y no sigue siendo actualísima su disertación el 26 de febrero de 1985, *La iglesia de hoy ante la idea de una Europa unida*, donde se encuentran estos párrafos impresionantes: «Los judeocristianos apoyándonos en el Génesis (I,

26) vemos que el hombre ha de ejercer su dominio sobre el mundo. El crecimiento de poder representaría —tendría que representar— un proceso hacia una más completa realización del hombre... ¿Dónde está el límite de ese poder más allá del cual la carga aplasta al portador? Es la pregunta que Romano Guardini se hace constantemente en su libro *Preocupación por el hombre*, al reflexionar sobre la cultura como obra y riesgo; el hombre incompleto, el poder, la libertad, el servicio del prójimo en peligro; Europa realidad y tarea? Por supuesto que esto último enlaza con su trabajo, leído el 22 de mayo de 1990, *Nueva contribución de la Iglesia al anhelo de una Europa Unida* ¿Y qué decir de su valentía al desarrollar aquí el 21 de julio de 1986 la cuestión de *El Ecumenismo y la Europa Unida*, o el 17 de febrero de 1988 el tema de *El sacerdocio femenino*?

Dejo a un lado el impacto que me causó el oírle el 3 de marzo de 1987 desarrollar la cuestión de *La violencia en el Antiguo Testamento* cuando, como embocadura señaló cómo a Orígenes le pareció tan «irreconciliable el Dios del Antiguo Testamento con el que nos reveló Jesús, que concluyó que se trataba de un Dios distinto». Y sobre la historia de España, mil veces yo he empleado su disertación de 20 de diciembre de 1978, que tanto enlaza con tesis de Sánchez Albornoz y Menéndez Pidal, *El III Concilio de Toledo. Identidad católica de los pueblos de España y raíces cristianas de Europa*.

Para los economistas siempre será una gran encíclica la *Centesimus annus*. Sobre ella dijo aquí cosas importantes don Marcelo González Martín, bajo el título «*Centesimus annus*» y la «ineficacia» de la doctrina social católica, el 11 de junio de 1991, que debería completarse, igual que sus trabajos sobre Europa, con el leído el 18 de marzo de 1995, *La agricultura en el magisterio de la Iglesia*.

Dejemos a un lado otras aportaciones valiosas —*La Iglesia en la perspectiva del Tercer milenio*, leída el 17 de diciembre de 1996 y *El ateísmo en el mundo de hoy*, aportación en junta del 21 de mayo de 1996—, porque su despedida de nosotros fue su extraordinario y recio trabajo *El futuro inmediato del catolicismo en España* el 9 de junio de 1998. A partir de unas palabras doloridas de Pablo VI en el discurso de clausura del Concilio Vaticano II, creo que queda suficientemente claro el planteamiento del cardenal González Martín en su última aportación, de acuerdo con los sucesivos apartados de su trabajo: *Dramática disminución del número de sacerdotes y religiosos, hombres y mujeres; Funesta indisciplina en el interior de la Iglesia; Influjo negativo de la Constitución y la promulgación de la Ley del Divorcio*; y para concluir, *Ausencia de las autoridades civiles en la procesión del Corpus de Toledo*. Sus palabras finales ahí han quedado como una especie de testamento angustiado: «Pienso que en España, en un futuro inmediato, va a suceder lo

que viene sucediendo en Europa: muchas y hermosas catedrales, pero vacías; parroquias sin pastores; fiestas para adultos y viejos, cristianismo sin Cristo; penitencia sacramental nula.

«Cada día serán menos los alumnos que quieran recibir la clase de Religión; cada día serán más los centros de enseñanza media estatales, en que no existirá ningún interés por fomentar la enseñanza de la Religión; el número de familias rotas, y de matrimonios sin sentido de lo sagrado, crecerá sin cesar; la torpe satisfacción de los sentidos, insaciable en su apetito de lujuria, matará las energías y el idealismo de la juventud, como ya está haciendo».

Don Marcelo empleaba un castellano precioso siempre. Sus oraciones sagradas eran magníficas. Le escuché dos. La del funeral oficial por Franco y un Sermón de las Siete Palabras en esa Semana Santa impar que es la de Valladolid. Ese 9 de junio de 1998, la última vez que le escuché en sesión, había expuesto, como acabo de señalar, una realidad escalofriante. Nuestro presidente, Enrique Fuentes Quintana, le indicó, como cierre del coloquio y como contra-argumento, que no observaba eso en su natal Carrión de los Condes. Aún siento cómo todos quedamos sobrecogidos por el excelente castellano que palpitaba en lo que adujo nuestro compañero frente a lo sostenido por nuestro Presidente: «—Pero, Enrique. Es que a los de Carrión de los Condes aún les rugen las espuelas».

He dicho.

Palabras del Excelentísimo Señor D. Rafael Palmero

PASIÓN POR LA IGLESIA

1. Se nos ha ido Don Marcelo

«*Se nos ha ido Don Marcelo...*». Con esta frase lacónica y llena de contenido, a pesar de la pérdida grande, compartía yo con un grupo de periodistas apostados a la puerta de su casa, y con los hijos de Fuentes de Nava, su pueblo de adopción, la noticia del tránsito de nuestro querido Don Marcelo.

«Se nos ha ido sin miedo alguno, con sosiego y con paz, con sufrimiento aceptado y ofrecido al Señor», añadía por toda explicación, tratando de valorar ante Dios este momento definitivo, y queriendo buscar serenidad para el alma. Fue el 25 de agosto de 2004.

Días más tarde, un comunicador matizaba: «*Se nos fue un gran cardenal*. Fue en verdad grande. De talla física, de talla moral, de talla intelectual, de voz —qué voz más profunda y sonora—, de sonrisa amplia, franca... Grande en todo. Hasta el punto que la primera vez que alguien se lo encontraba era fácil sentirse incómodo porque realmente imponía. Pero la incomodidad duraba segundos. La rompía su sonrisa acogedora, las manos, grandes también, que parecían romper el aire para hacerse más próximo, sus ojos que atravesaban el grueso cristal de sus gafas y que sabían mirar con amor. Y hasta aquella voz potente, de tantos matices,

dejaba inmediatamente a su interlocutor con una indefinible sensación de *seguridad*. Si tuviera que definir a don Marcelo con una palabra, no dudaría un instante: seguridad. Él la tenía y, sobre todo, la transmitía. Si alguien acudía a él con dudas... Era cuestión de segundos, casi sólo con mirarle, todo se convertía en seguridad»¹.

Efectivamente, manos grandes, sonrisa acogedora, ojos que sabían mirar. Porque fueron grandes también su corazón y su alma.

«*La mirada* de Don Marcelo —sería en ocasiones, acogedora y bondadosa siempre— y toda su entidad física mueven a respeto y a veneración cordial, sobre todo si se le ha tratado de cerca y se le conoce íntimamente. Pero sólo a los que no tienen nada que ocultar... Los dudosos, quizá lleguen a descubrir que Don Marcelo les «descubre»².

2. Sencillamente... Don Marcelo

Con honda penetración psicológica, buena voz y mejor pluma, alguien definió hace décadas la existencia abnegada, sacrificada y apostólica de Don Marcelo.

«*Ya eras Don Marcelo!*... Ya habías dado con la nota preciosa y definitiva de la voz de Cristo a través de tu voz grave y profunda que parecía llenar las naves de la inmensa y fría Catedral, esa Catedral que cada mañana ha despertado al alba, al sonido de tus pasos recios y enérgicos que venían a caer, en profunda adoración, ante la recoleta capilla en sombras, donde apenas tres o cuatro fieles madrugadores asistían, impresionados, al despliegue litúrgico de tu fervor y de tu devoción...

Sí. Ya eras *Don Marcelo*, sólo *Don Marcelo*, como si no hubiera ninguno más con tu nombre en Valladolid... Y aquí y allá, como si poseyeras el don de la ubicuidad, como si pudieras, milagrosamente, estar en todas partes, todas las iglesias, todas las capillas, todos los conventos, supieron ya de tu verbo, cálido y apasionado, que sabía ser mar tonante o plegaria íntima...»³.

Largo ha sido el recorrido y fatigosa la andadura, hasta llegar a la meta. «Don Marcelo... pasó por Valladolid, Astorga, Barcelona y Toledo en olor de multi-

¹ J. F. DE LA CIGOÑA, *La Razón*, 1 de septiembre de 2004.

² R. PALMERO RAMOS, *Don Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo de Toledo. Diez años de servicio episcopal en la Diócesis Primada*, 1981, 82.

³ MARÍA TERESA ÍNIGO, *Buenas Noches*, Valladolid, 1963, 295-297.

tudes. Todos le mencionan con ese tratamiento español, tan noble a la vez que familiar, de “don Marcelo”. Su persona va arropada por ese inconfundible aliento popular del pueblo a su pastor, tan diferente muchas veces de la fama del político o del artista famoso»⁴.

Castellano por los cuatro costados. Hombre de una sola pieza: sincero, trabajador, amigo leal, acostumbrado al sacrificio, enemigo acérrimo de la falsedad y de la componenda. Castellano recio y cristiano viejo. Tradicional sin ser conservador. Incluso arriesgado en muchos de sus proyectos y realizaciones pastorales. Con el corazón siempre abierto para querer con amor de padre y de madre a la vez. Por donde pasó, fue dejando huellas indelebles de su acusada personalidad, rica y enriquecedora.

Las raíces de su fe fueron bondas. Por encima de otras facetas, se mostró siempre como «hombre de Dios, amigo fuerte suyo, servidor fiel y prudente elogiado en el Evangelio, que no supo hacer otra cosa que servir a Dios, cumpliendo su voluntad, en una entrega total y sin fisuras a favor de la Iglesia a la que tanto amó y sirvió con todo su corazón y sus más altas capacidades con las que Dios le enriqueció». Así lo ha visto Don Antonio Cañizares, hoy arzobispo de Toledo⁵.

3. Sacerdote, Obispo y Cardenal

Hombres sí, pero otros «hombres». Así quería Don Marcelo a sus sacerdotes. *Así vivió él su sacerdocio.* «Hombres, cuya coherencia existencial ya no puede consistir sino en ser evangelios vivientes de la Persona de Cristo en la Iglesia ante el mundo... Hombres con el profundo cristocentrismo interno y el realismo evangelizador con que, casi instintivamente, aparece y está actuando en la Iglesia entera el primer sacerdote-ministro ante el mundo actual, que es Juan Pablo II.

Hombres, en fin, en quienes el Evangelio y Cristo vivo no sean una ideología abstracta o eticista, ni un mensaje idealista o pragmático; ni un apoyo o pretexto profesional intrahumano; ni un mero aval socioreligioso de presencia cualificada en una civilización históricamente cristiana. Sino hombres íntegramente configurados y condicionados por una experiencia arraigada de Cristo y de su Evangelio. Y que, además, una vez consagrados por y para el sacerdocio en la Igle-

⁴ J. M.ª SÁNCHEZ DE MUNIAIN, «Estudio introductorio», en Mons. MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Creo en la Iglesia, Renovación y fidelidad*, BAC, Madrid, 1978, XI.

⁵ A. CAÑIZARES LLOVERA, Homilía en el Funeral de Don Marcelo, BOAT, agosto 2004.

sia, sean suficientemente responsables y conscientes de hacer a Cristo presente en medio de los hombres»⁶.

Remarcable en su trayectoria pastoral, *como obispo de Astorga, Barcelona y Toledo*, fue siempre *la obediencia* a quien pudo confiarle la misión, incluso mandándole que la aceptara en circunstancias nada fáciles. *Obediencia amorosa* al Magisterio y la guía del Papa en quien reside la autoridad, el amor, la auténtica interpretación del Concilio Vaticano II y la sana modernidad de la Iglesia en nombre de la cual ha tendido puentes hacia todas las direcciones del mundo de hoy, sin romper jamás los hilos o los cables que nos mueven con la tradición apostólica...⁷. *Obediencia vivida* en comunión y sintonía con los sacerdotes de sus presbiterios:

«Vamos a trabajar juntos con decisión y con firmeza por el bien de las almas que nos han sido encomendadas, pedía a los sacerdotes el día de su entrada en Barcelona. Nos espera un campo de acción inmenso, casi inabarcable...»⁸.

«Vamos a trabajar todos juntos, en paz y con amor, con una responsabilidad compartida dentro de la misión que a cada uno nos corresponde según nos la confía la Santa Iglesia, con ánimo firme y generoso para todas las renovaciones precisas, pero sabiendo el porqué de las mismas, el cómo y el hasta dónde; con fidelidad a la doctrina y respeto a las leyes que ayudan a mantenerla limpia; sin integristas inútiles ni audacias alocadas; sin verbalismos ni ambigüedades que, más que aleccionar despiertan confusión o fomentan curiosidades; con mucho espíritu de oración...; con amor eficaz y verdadero a los pobres velando por la justicia de los derechos que les corresponden sin quebrantar los derechos de los demás», repetía en la Catedral de Toledo, en la fiesta de San Ildefonso de 1972.

Creado *Cardenal de la Santa Iglesia Romana*, con el título de San Agustín, por el Papa Pablo VI, en el consistorio del 5 de marzo de 1973, participó en los cónclaves, en que fueron elegidos papa Juan Pablo I y Juan Pablo II. Fue miembro de las Congregaciones para la Doctrina de la Fe, para la Evangelización de los Pueblos y para el Clero. En la Conferencia Episcopal Española, fue miembro del Comité Ejecutivo y de la Comisión Permanente y presidió las Comisiones de Caridad y Apostolado Social, del Clero, y de Liturgia.

⁶ Hombres sí, pero «otros hombres», *Obras del Cardenal Marcelo González Martín*, VII, Toledo, 1991, 215.

⁷ Homilía en la Catedral de Toledo, BOAT, enero-febrero 1972, 12-18.

⁸ Solemnidad de la Ascensión, 1966.

Actuó como enviado especial del Papa en la celebración del IV centenario de la fundación del Colegio Inglés en Valladolid (1989); y en la celebración del V centenario del Tratado de Tordesillas, Valladolid (1994).

4. Su amor apasionado a la Iglesia Madre

Los títulos de predicador, Padre conciliar del Vaticano II, promotor de la cultura cristiana, formador de seminaristas y sacerdotes, definen *el amor* apasionado de Don Marcelo a la Iglesia Madre.

PREDICADOR Y PADRE DEL VATICANO II

Don Marcelo fue siempre *predicador*. Como sacerdote, primero, y después como obispo. Al ministerio de la Palabra ha dedicado sin interrupción sus mejores energías... «Ha predicado desde la cátedra académica, la mesa de conferencias, la presidencia de congresos, el ambón improvisado bajo el dosel de la naturaleza, la sede del altar, el viejo púlpito con tornavoz e incluso desde el ring del Price de Barcelona, plataforma eventual de sus conferencias cuaresmales en la Ciudad Condal»⁹.

Como hombre de Iglesia, trató siempre de impregnar de sentido cristiano y sobrenatural la vida entera del hombre y de la sociedad. Vivió con entusiasmo el *Concilio Vaticano II*... No faltó ni a una sola sesión, participó en las actividades que le encomendaron, de manera reservada en algunas ocasiones, y otras públicamente en el Aula conciliar. Una de sus intervenciones, sobre la vida y ministerio de los obispos, fue alabada por el Papa Pablo VI en una audiencia pública.

«El Concilio, explicaría después Don Marcelo a sus diocesanos de Barcelona en 1967, ha representado un bien inmenso para la Iglesia, pero sus doctrinas y sus decisiones no son fáciles de asimilar, y pasará mucho tiempo antes de que sean entendidas y practicadas en toda su integridad. El que se olvide de que el Concilio es ante todo un hecho religioso, no lo entenderá jamás, por mucho que lo invoque, por mucho que lo lea y por mucho que escriba sobre él. Y el que sólo atienda a aspectos parciales y fragmentarios de sus declaraciones causará mucho daño a sí mismo y a la Iglesia»¹⁰.

⁹ R. PALMERO RAMOS, *Obras del Cardenal...*, IX, IX.

¹⁰ *Don Marcelo, Obispo*, Toledo 1986, 90.

Con positivo interés, quiso que sacerdotes y seminaristas estudiaran detenidamente los documentos conciliares, para poder aplicar con fidelidad sus enseñanzas.

PROMOTOR DE LA CULTURA Y LAS VOCACIONES

En Astorga Don Marcelo reorganizó el Colegio de San Ignacio, de Ponferrada y creó los colegios-seminarios de Vega de Espinareda, de Puebla de Sanabria y de Rúa Petín. Y el complejo Santa María Madre de la Iglesia, monumento espiritual de una diócesis al Concilio Vaticano II. Al final de su servicio ministerial en esta Sede de Santo Toribio, su Seminario se aproximaba a los mil seminaristas...

En Barcelona erigió la Facultad de Teología de San Paciano, con doble sede, en San Cugat y en el Seminario Conciliar. Creó la Academia Diocesana de Filosofía y el Centro de Estudios Pastorales. Se volcó en el Archivo Catedralicio, en el Museo Archidiocesano, en la Casa Sacerdotal de San José Oriol, y en la Obra Benéfico-social del Niño Dios.

Desde *Toledo*, en octubre de 1973, su carta pastoral: «*Un Seminario nuevo y libre*», dio la vuelta al mundo. En ella se atisbaba la sabiduría y el don profético de este hombre de Dios.

«No es un misterio que el seminario constituye la gran pasión de don Marcelo, es frase del Cardenal Javierre. Nada extraño que los puntos de su pluma rezumen experiencia y transparencia. Y con suma prudencia: la delicadeza propia de la formación sacerdotal impone cultivar el campo con solicitud y caminar de puntillas para no pisotear la sementera. ¿Por qué no hacer tesoro de las reflexiones de un experto consumado?»¹¹.

Quería «un Seminario en permanente actitud de amor y de servicio, no al mundo y a los hombres, no a la cultura y a las exigencias de nuestro tiempo, no a las condiciones sociológicas de la vida de hoy, sino a la Santa Iglesia de Jesucristo, tal como Él la instituyó y como ella misma se define, y, a través de ella, al servicio de los hombres y de la cultura y de las exigencias de nuestro tiempo. Un Seminario que sea a la vez lugar privilegiado de piedad, estudio y disciplina; templo de oración y escuela de santidad; conjunto de esfuerzos orientados al logro en cada individuo de una personalidad humana y religiosa capaz de entregarse dignamente, en su momento, al ministerio sacerdotal».

¹¹ Card. A. M. JAVIERRE, *Obras del Cardenal...*, VII, VII.

Don Marcelo creó en Toledo el Seminario de Santa Leocadia para vocaciones adultas y el Seminario Menor de Santa María de Altagracia, en Mora de Toledo. También surgieron en esos años los Seminarios de los Operarios del Reino de Cristo (Olías del Rey), de los Cruzados de Cristo Rey (Almonacid de Toledo) y de los Siervos de los Pobres del Tercer Mundo (Ajofrín). Edificó la Casa diocesana de Ejercicios, la Casa Sacerdotal y la Casa de San José para la formación permanente del Clero. Promovió la creación de cuatro albergues para transeúntes... Y otras obras culturales y sociales de notable interés.

A su valoración de los Medios de Comunicación Social se debe Radio Santa María de Toledo, como se debió, en su momento, Radio Popular de Astorga.

A otra faceta culturalmente benéfica, se refería el Director de la BAC, al escribir: «En esta casa fue autor, lector, colaborador y benefactor. Me consta que su mecenazgo no se limitó a esta editorial»¹².

En otro orden de cosas, recibió Medallas de oro de las ciudades por donde pasó, el Premio Castilla y León de las Ciencias Sociales y Humanidades (2000), y la Medalla de oro de Castilla-La Mancha (2003), cuya universidad le distinguió con el Doctorado Honoris Causa.

Desde 1972 fue miembro Numerario de esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, perteneciendo también a la de Doctores, y a la de Ciencias Históricas y Bellas Artes, de Toledo.

De tres cardenales de Toledo —Cisneros, Lorenzana y Don Marcelo— es deudora la Liturgia Hispano-Mozárabe, vigente siempre en Toledo y hoy celebrada en el amplio territorio nacional. Para seguir investigando en este campo erigió Don Marcelo el Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes de San Eugenio y las Comisiones de Reforma y de Seguimiento de este Rito. «Hazte presente, buen pontífice, en medio de nosotros, como estuviste en medio de tus discípulos», se decía en la antigua liturgia mozárabe en cuya renovación tantos desvelos y trabajos ha puesto el Cardenal González Martín»¹³.

Diligente pastor, así lo definió Juan Pablo II¹⁴ que predica, celebra y conduce incansablemente a su pueblo. «Su magisterio episcopal ocupa decenas de

¹² J. L. ORTEGA, *Anaquel*, septiembre-octubre 2004, 2.

¹³ Card. J. RATZINGER, *Obras del Cardenal...*, III, X.

¹⁴ Telegrama de condolencia, *L'Osservatore Romano*, 27 agosto, 2004, 6

volúmenes y constituye —aparte de la belleza y calidad del lenguaje y la expresión— todo un cuerpo teológico-pastoral de largo alcance. Se advierte la clarividencia de sus análisis, realizados con total independencia y libertad, sin importar-le nada más que la aplicación fiel de las enseñanzas del Concilio y la entrega apasionada a la Iglesia de Cristo y al hombre en perspectiva trascendente. La preocupación social, iniciada ya en los comienzos de su vida sacerdotal y dentro de la Acción Católica, le llevaría a adoptar como lema episcopal la frase evangélica «pauperes evangelizantur»¹⁵.

5. Invitación y estímulo

El amor y la fidelidad a la Iglesia han sido siempre santo y seña de la vida de Don Marcelo. En todo momento y sin fisuras. De hecho, ni siquiera las miserias de las personas humanas que integran la institución le ocultaron jamás su grandeza de Esposa fiel de Jesucristo. El amor a la Iglesia fue su pasión. Por lo que implica de sufrimiento y por lo que entraña de entusiasmo. Don Marcelo quiso entrañablemente a la Iglesia de Jesucristo y contagió a todos su deseo de amor, entrega y afecto filiales. «Una nota constante —señala el cardenal Gantin— advierto en *toda la labor episcopal del Cardenal González Martín*: su profundo y fino sentido de Iglesia, el amor a la santa Iglesia de Cristo. Es como el eje constante de toda su vida y de toda su acción. La Iglesia como misterio de la salvación, como sacramento de la infinita sabiduría divina, con su inmensa e inabarcable grandeza y también con las inevitables páginas, a veces oscuras, de su necesaria vertiente humana»¹⁶.

En su magisterio «no se han dado lagunas, ni se han producido silencios. El Obispo de Astorga primero, Arzobispo de Barcelona después y por último Cardenal de Toledo, ha cubierto todos los géneros propios de la oratoria sagrada. Y ha atendido, con atención alerta, a todo el área de los dogmas y de la moral católicos, con adaptación a sus oyentes en cada situación. Podemos referir con todo derecho a don Marcelo las palabras que Posidio escribe a propósito de San Agustín: “Predicó la divina palabra con asiduidad, celo, valentía, con claridad y vigor intelectual” (Vida, 31,4).

En horas de confusión ha iluminado con foco potente sectores de pensamiento y de vida, sobre los que se espesaba un silencio connivente, o se alzaban voces de perturbación alarmante. No ha ocultado la luz de la verdad bajo el cele-

¹⁵ *Don Marcelo, un diligente pastor*, Ecclesia, 4 septiembre 2004, 5.

¹⁶ Card. B. GANTIN, *Obras del Cardenal...*, VIII, X.

mín, la ha colocado sobre el candelabro, a la vista de todos los de casa y de cuantos entraban en ella (cfr. Lc 8,16 y Mt 5,15). Tampoco ha edulcorado las exigencias de la ascética, ni rebajado los niveles de la entrega que el Evangelio pide. Ha expuesto y promovido cuanto postulan con razón los tiempos, sin ceder ante las pretensiones de un temporalismo desorbitado, que olvida o relega a segundo plano la principalidad de lo eterno. Ha urgido la necesidad de la acción, y de una acción decidida, multiforme y abnegada, pero potenciando previa y simultáneamente la superior necesidad de la vida interior. Ha reiterado la severidad de cuanto piden el cumplimiento de los mandatos divinos y la generosidad evangélica, pero sin olvidar la misericordia comprensiva, la psicología del buen samaritano, y la infinita capacidad del perdón divino ante la debilidad humana. También ha cantado con voz insobornable el amor entrañable por la patria terrena y por el alma del pueblo, hoy tan asediados, pero ha insistido al mismo tiempo, con ejemplar equilibrio, en el amor sin fronteras y en la soberanía inmarcesible de la patria definitiva, la «Jerusalén de arriba» y «madre nuestra» (Gal 4,26; cfr. Apoc. 12,17). «En el vértice de la separación que señala la convergencia de la eternidad y el tiempo, se inicia este estado definitivo. La virtud de la perseverancia hace de puente, abrazando las riberas de la fe y de la visión, de la expectación y el encuentro, de la búsqueda y la posesión»¹⁷.

«Es un mérito innegable, confiesa el Cardenal Ratzinger, de los escritos del Sr. Cardenal de Toledo sobre la Eucaristía que haya abordado el misterio eucarístico en toda su integridad y complejidad de aspectos: sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-presencia, como decía Juan Pablo II (Redemptor hominis, 20)»¹⁸.

Cuatro frases precisas sellan, sobre la lápida funeraria de su sepulcro, este amor filial. Traducidas del latín dicen:

«Padre en el Concilio Vaticano II, cuya doctrina aplicó fielmente.
En tiempos difíciles, fomentó las vocaciones consagradas.
Predicó con ardor la palabra de Dios.
Amó fervientemente a la Iglesia y a todos».

Me decía, no hace mucho, un sacerdote palentino: Siento su dolor, por la muerte de Don Marcelo. Camine adelante. Nos vamos quedando todos, al andar, con sólo Dios»¹⁹.

¹⁷ R. PALMERO RAMOS, *Obras del Cardenal...*, IX, XI.

¹⁸ Card. J. RATZINGER, *Obras del Cardenal...*, III, X.

¹⁹ J. URIÉN, Capellán del Santuario del Brezo.

Y Don Antonio Cañizares, respondía así a una carta del Arzobispo Castrense:

«Mucho agradecí tu pésame por la muerte de nuestro querido Don Marcelo. Si hizo bien en vida, aún será mayor su ayuda ante su “amado Jesús”, y ante la SS. Virgen... Ha dejado las huellas marcadas en la nieve, y hemos de pisar tras de él en estos tiempos recios que vivimos, para no resbalar...»²⁰.

Gracias, muchas gracias, por la oportunidad inmerecida de hablar, en esta nobilísima Sede, de Don Marcelo.

²⁰ Bol. O. Arzob. Castrense en España, julio-octubre 2004, 38.

Palabras del Emmo. Señor D. Antonio María Rouco Varela

EL CARDENAL DON MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN Y EL HORIZONTE UNIVERSAL DE LA IGLESIA

La biografía de Don Marcelo es por todos conocida; no así sus más íntimos afanes y preocupaciones, desde joven sacerdote en Valladolid hasta los últimos días como Cardenal-Arzbispo en la sede Primada de Toledo, cuya «esencia y significación» entendió honda y fielmente¹. He tenido la fortuna de haberle conocido y bien sé de la grandeza de su ánimo y del alcance de sus obras. A ninguno de los presentes le es desconocido su entrega, sus intuiciones y aciertos en los difíciles años de su fecundísimo pontificado en la sede Primada. En esta ocasión quisiera traer a la memoria no su completo perfil biográfico —otros lo harían mejor— sino reconocer agradecidamente, en la Academia, el servicio prestado a la Iglesia universal, pero de un modo singular a la Iglesia que peregrina en España y a la sociedad, con la gran austeridad y la libertad de espíritu que alaba Cervantes: «llaneza, ... no te encumbra, que toda afectación es mala»².

¹ Cf. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas (Toledo, 12 de noviembre de 1978): *Toledo: esencia y significación*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, Toledo 1986, vol. I, 353-359; *Los Primados de Toledo*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Los valores de siempre*, Toledo, 1994, vol. IX, 184-187.

² MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, II, cap. 26 (ed. F. Rico, pág. 849).

La Providencia dispuso que en la *urbs toletana* desde sus orígenes, según testimonian antiguos *Chronicones*³, y en el esplendor visigótico, los obispos presidieran los grandes concilios —referencia doctrinal para toda la Iglesia—; conservaran la más primigenia tradición hispana y se sintieran herederos del hondo sentir con la Católica. Don Marcelo ya pertenece para siempre a este grandioso acervo de la gloriosa tradición de la Iglesia Primada. Bien lo había advertido el Cardenal J. Höffner, Arzobispo de Colonia, al decir que en Don Marcelo «se conjuga la fidelidad a la fe católica con su servicio sacrificado al hombre de hoy»⁴; y el Cardenal J. Ratzinger, al escribir que Don Marcelo ha querido ser un fiel sucesor de San Ildefonso no sólo en la sede, sino en su esfuerzo por explicar la doctrina católica⁵.

La biografía del que fue Obispo de Astorga, Arzobispo de Barcelona y Cardenal-Arzobispo de Toledo, sucesor de figuras que son inseparables de la historia de España y de Europa —entre otros: Jiménez de Rada, Gil de Albornoz, Tavera, Sílicio y Lorenzana— muestra muchas y ricas facetas que merecen ser resaltadas, pero la que, a mi parecer, se impone cada día con más fuerza es la del Obispo esforzado y solícito, protagonista hondo y auténtico de la renovación de la Iglesia según la letra y el espíritu del Concilio Vaticano II y en fidelidad al sucesor de Pedro⁶, como muy bien han señalado los cardenales J. Höffner, J. Hamer, J. Ratzinger, A. López Trujillo, A. Innocenti, P. A. Mayer, A. M. Javierre y B. Gantin, que escribieron los Prólogos a las Obras del Cardenal Marcelo González Martín⁷. Considerable es el número de escritos que Don Marcelo dedicó al acontecimiento conciliar; no podía ser de otro modo pues trató de alimentar su vida —son palabras suyas— con la doctrina del Concilio⁸.

La denodada y permanente entrega a esta labor renovadora hizo posible el escrutar, discernir y acoger los signos de lo sagrado para el esplendor de la fe. Es ésta una característica que está siempre presente en sus obras y en su magisterio, caracterizado por la firme y fina mirada religiosa. El interés por lo sagrado le impulsaba a acercarse al mundo y a los problemas actuales porque sentía que la

³ Cf. *Patrologia latina*, 31,351-352.

⁴ Cf. J. HÖFFNER en el prólogo a Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., pág. X.

⁵ Cf. J. RATZINGER en el prólogo a Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *En el corazón de la Iglesia*, Toledo 1987, vol. III, pág. XI.

⁶ Cf. *El Papa, primer evangelizador*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Evangelizar*, Toledo 1988, vol. IV, págs. 131 y sigs.

⁷ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, IX volúmenes, Toledo 1986-1994.

⁸ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia*, Toledo 1987, vol. II, págs. 277 y sigs.

ausencia de la Iglesia y de su mensaje en las realidades históricas empobrecía al hombre y a la sociedad⁹.

«La Presencia del Misterio» —expresión muy querida por Don Marcelo y que es el título del Discurso de ingreso como miembro numerario de nuestra Academia¹⁰—, que se explicita en la persona de Jesucristo, es el definitivo camino que ilumina y esclarece el misterio del hombre. Desde su continua preocupación, y no menos con su acendrada y cervantina palabra, insistía y acentuaba que su misión era cuidar con esmero la Presencia del Misterio, la importancia insustituible de lo sagrado y la aportación única y singular del catolicismo a una sociedad que corría el peligro de abandonar su mejor tradición y con ella la antropología sustentadora de la dignidad trascendente e inviolable de la persona humana, sobre la que se había construido nuestra historia.

Don Marcelo desde sus primeros escritos estaba profundamente convencido de que la enseñanza conciliar, expresada en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, constituía una referencia única para acertar con la clave antropológica con la que mejor y más lúcidamente se podía afrontar y responder a los interrogantes y problemas más lacerantes de la sociedad contemporánea. No deja de proponer, escribe de él el Cardenal J. Hamer, la cristología como centro de la antropología¹¹, en íntima sintonía con las enseñanzas conciliares y con las Encíclicas de Juan Pablo II, de un manera especial con la primera de su Pontificado, la *Redemptor hominis*¹².

Para Don Marcelo apreciar y cuidar la dimensión sagrada de toda la realidad significaba la garantía para que el hombre, adorando al que es fuente y origen de la dignidad de todo ser personal, pudiera liberarse de toda esclavitud y relacionarse con los demás en la verdad. Para D. Marcelo la vida contemplativa constituía no sólo el mejor reflejo de la santidad de la Iglesia sino también el aliento y fundamento de la civilización del futuro¹³. Don Marcelo no ahorró ni tiempo ni fatigas para alentar y prestar todo su apoyo a numerosas comunidades contemplativas en

⁹ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., vol. I, pág. 5.

¹⁰ Cf. *Presencia del Misterio*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., vol. I, págs. 39-89.

¹¹ Cf. Prólogo Fr. Jérôme, Cardenal HAMER, a Obras del Cardenal Marcelo González Martín, *Santa Madre Iglesia*, Toledo 1987, vol. II, págs. IX-XI.

¹² Cf. *Jesús, Redentor del hombre y Luz de las naciones*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia*, o.c., págs. 7 y sigs.

¹³ Cf. *La contemplación, alma de la civilización del mañana*, en Obras del Cardenal GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia*, o.c., vol. II, págs. 101-154, 155 y sigs.

momentos de dura prueba. Su acentuación insistente de la dimensión religiosa del hombre nacía del profundo convencimiento de que una sociedad que olvidare el sentido de lo sagrado va a la deriva y está llamada a la zozobra en la vida personal, familiar y social-política.

Desde esta óptica se comprende su constante preocupación por la ausencia de interioridad clave de explicación del drama de la cultura actual y como el mayor peligro para la Iglesia, en la línea que más tarde recordaría Juan Pablo II en su Encuentro con los Jóvenes en el aeródromo de «Cuatro Vientos», con motivo de su último viaje a España. La falta de interioridad y la crisis de espiritualidad se encuentran en la raíz de los más graves problemas de la Iglesia actual. Entre las «luces y sombras en la Iglesia de hoy»¹⁴ hay que destacar la necesidad del gran servicio de descubrir y alimentar la interioridad¹⁵. El 26 de abril de 1977, en esta misma sede, decía que la obligación de la Iglesia era «ofrecer a los hombres esta vocación a la interioridad»¹⁶.

Don Marcelo urgía infatigablemente a que se diese respuesta a esta crisis. Sería iluso pensar seriamente en la realización de una renovación profunda de la Iglesia si no se enraizase en una auténtica y renovada espiritualidad. ¿No corría pareja precisamente la falta de interioridad con la crisis del ministerio ordenado en la Iglesia y en amplios sectores de la teología católica? En el cuestionamiento radical del sacerdocio ministerial se manifestaba el síntoma más grave de las más preocupantes rupturas intraeclesiales del momento. Don Marcelo tuvo la clarividencia de poner en marcha un amplio programa de auténtica renovación conciliar, que incluía la integridad de todos los aspectos de la vida de la Iglesia, sobre la base de la justa comprensión y ejercicio del sacerdocio ministerial¹⁷. De otro modo —estaba él convencido— no se lograría ni la fidelidad a la predicación del Evangelio, ni a las indicaciones del Concilio, y, por lo tanto, no se robustecería la Iglesia de cara a los desafíos de la cultura contemporánea y de lo que Juan Pablo II llamaría la nueva evangelización.

¹⁴ Cf. Conferencia pronunciada en Barcelona en diciembre de 1968: *Luces y sombras en la Iglesia de hoy. Necesidad de criterios claros y acertados*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia*, o.c., vol. II, págs. 349 y sigs.

¹⁵ *La espiritualidad en los momentos de las grandes crisis de la Iglesia*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia*, o.c., vol. II, págs. 61-85.

¹⁶ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., vol. I, 125.

¹⁷ Cf. El sacerdote, ministro para la evangelización, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Evangelizar*, o.c., vol. IV, págs. 273 y sigs.

Las densas reflexiones de sus Pastorales sobre el Seminario¹⁸ al hilo teológico y pastoral de las directrices conciliares, nuevo y libre, cobraron cada vez mayor interés para la Iglesia universal. Su voz ha sido probablemente una de las más nítidas de la Iglesia del Postconcilio a la hora de expresar lo que implicaba una reforma de los seminarios y de la formación sacerdotal a la altura de las exigencias de los tiempos según el Concilio Vaticano II. En palabras del Cardenal B. Gantin, la enseñanza de Don Marcelo, a este propósito, «ha alcanzado cimas que le sitúan entre los grandes maestros no sólo de la Iglesia en España, sino además de toda la Iglesia que habla, reza y canta en la universal lengua de Castilla»¹⁹. El Cardenal A. M. Javierre escribe que Don Marcelo es el experto consumado que supo resumir experiencia y transparencia, en uno de los momentos más difíciles, para los Seminarios y la vida sacerdotal en España y en Europa²⁰. A nadie se le oculta que una de las grandes pasiones de Don Marcelo era la formación sacerdotal.

En nuestra Academia de Ciencias Morales y Políticas, se ocuparía además, en repetidas ocasiones, de la presencia y de la recta intelección de la vivencia religiosa y, más concretamente, de la experiencia católica en la vida pública. Desde la perspectiva conciliar, valora y discierne críticamente las corrientes liberacionistas y de movimientos similares que llegaron a tener una extensa influencia en las concepciones doctrinales y en la vida pastoral de amplios sectores eclesiales, especialmente en los católicos de lengua hispana, bajo la denominación de las distintas teologías de la liberación. A Don Marcelo le preocupaba que no se malversase la evangelización de Hispanoamérica y no decreciese el vigor de una Iglesia evangelizadora y servidora de los más pobres²¹. En los más variados foros, tribunas e instituciones literarias y eclesiásticas trató reiteradamente de iluminar, con el acendrado sentido católico de evangelización, los problemas que tenía que afrontar la Iglesia del inmediato Postconcilio en el campo de las relaciones Iglesia-mundo.

Don Marcelo, aunque se entregó de lleno a su más inmediata responsabilidad pastoral en la Iglesia particular a él confiada, no dejó de estar presente y siempre en los momentos recios por los que pasaba la Iglesia, el mundo y muy especialmente España, dispuesto a indicar nuevos horizontes. Para él España estaba en el corazón de América y ésta en el corazón de España. Es iluminadora a este propósito

¹⁸ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Seminario nuevo y libre*, Toledo, 1991.

¹⁹ Cf. B. GANTIN, Prólogo a Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Humanismo cristiano*, Toledo, 1993, vol. VIII, pág. IX.

²⁰ Cf. A. M. JAVIERRE, Prólogo a Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Seminario nuevo y libre*, Toledo, 1991, vol. VII, pág. VII.

²¹ Cf. Discurso leído en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el 8 de junio de 1976: *El movimiento de los «cristianos por el socialismo»*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, I, págs. 83-98.

la larga Carta Pastoral que escribe sobre la Virgen de Guadalupe, España y América²². «América a la vista», así reza el título de otra Pastoral²³ en la que pedía disponibilidad eclesial para prestar ayuda a los pueblos evangelizados por España. La responsabilidad —pastoral, sobre todo— de la Iglesia y de los católicos españoles por América viene subrayada vigorosamente por Don Marcelo con motivo de las celebraciones del V Centenario del descubrimiento y evangelización del nuevo continente, la más sorprendente de las gestas hispánicas y una de las más grandes de la historia de la Iglesia católica; «una labor prodigiosa gracias a la cual se predicó la fe cristiana y el misterio de Cristo fue conocido y amado..., y con la fe surgió una nueva cultura»²⁴.

Atender a la «Presencia del Misterio» y a las orientaciones conciliares sobre el hombre favorecerían el poder desvelar y proponer a la sociedad la importancia decisiva de lo sagrado en la circunstancia española de los años posteriores a las décadas de los setenta y siguientes. En la avanzada segunda mitad del siglo xx, advierte el Cardenal de Toledo, que la nación española comienza a vivir un nuevo clima y entorno cultural que camina hacia el «eclipse de Dios». De ahí su creciente preocupación por España²⁵, sobre su evolución en el campo de las concepciones morales que van arraigando en la sociedad española²⁶, y no menos sus desvelos por la situación y presencia de la «Iglesia en la España de hoy»²⁷. Invertir el proceso de debilitación de la fe y de la moral cristiana en la sociedad española significaba para D. Marcelo recuperar la entraña misma del pueblo en un momento decisivo de su historia²⁸.

Iglesia —«la Iglesia Católica de Cristo que late y vive dentro de la sociedad española», son palabras suyas²⁹— y España eran las dos grandes coordenadas en las que se enmarcan su trayectoria personal y su ministerio pastoral en la proporción que la doctrina social de la Iglesia, actualizada en el Concilio Vaticano II, marcaba.

²² Cf. *Santa María de Guadalupe en el corazón de la historia católica de España*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Humanismo cristiano*, o.c., vol. VIII, págs. 53 y sigs.

²³ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Seminario nuevo y libre*, Toledo, 1991, vol. VII, págs. 44 y sigs.

²⁴ Cf. Ponencia presentada en el Simposio internacional sobre la Historia de la Evangelización de América, organizado por la Pontificia Comisión para la América Latina: *El V Centenario visto desde Europa: el mandato de anunciar el Evangelio*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Humanismo cristiano*, o.c., vol. VIII, págs. 92 y sigs.

²⁵ Cf. *El hombre sin Dios y la Cuaresma cristiana*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., vol. I, 99-110.

²⁶ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., vol. I, p. 307.

²⁷ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., vol. I, p. 299 y sigs.

²⁸ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., vol. I, págs. 307-336.

²⁹ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., I, pág. 307.

Sus reflexiones sobre España dejan constancia de que «la pérdida del sentido de lo sagrado es un drama con consecuencias gravísimas». En las Semanas Sociales, no dejará de recordar la urgente necesidad de la presencia de lo sagrado en la ciudad secular para salvar y vivificar el valor de la persona humana y de sus derechos fundamentales y el sentido genuino del bien común³⁰. Ante las nuevas situaciones que parecían imponer la secularización, la civilización técnica y una cultura apoyada en el pluralismo relativista, llamará la atención sobre el valor excepcional e insustituible que adquirirían de nuevo el matrimonio, la familia y la enseñanza³¹.

Don Marcelo, en sintonía con Juan Pablo II, no dejó de reclamar una mayor atención a las raíces católicas de Europa³² y, por supuesto, de España. Su redescubrimiento, como el elemento más esencial y permanente en la vida e historia de nuestra nación, supone para él mucho más que el intento de recuperar una herencia caduca o una vacía tradición: se trata antes bien de encontrar la auténtica razón de ser de su devenir histórico y la fuente de inspiración más valiosa para conformar su presente y orientar su futuro. Bien captó Don Marcelo la gracia de las Visitas Pastorales del Papa a España y sus huellas de una auténtica lectura del Concilio y de la manifestación pública de la vieja y creadora tradición católica, siempre capaz de aportar nuevas energías espirituales al pueblo cristiano. Su permanente referencia al legado religioso de España —tierra fecunda en santos— se deja traslucir en las ricas y abundantes meditaciones sobre la santidad³³ y los santos españoles —Homilías, Cartas Pastorales, Conferencias y Estudios³⁴—, y en el empeño con que Don Marcelo preparó las celebraciones del Centenario del III Concilio de Toledo con el fin de no dejar caer en el olvido el papel de la *Hispania* visigótica, en el primer milenio, en relación con la configuración de Europa y en la primera singladura de la unidad de la Europa *ante litteram*, tal como recordaría Juan Pablo II en su segunda visita a Santiago de Compostela en 1989. El recuerdo actualizado del III Concilio Toletado, con la celebración de su XIV Centenario —en palabras de J. Ratzinger: «un dato histórico, eclesiástico y europeo de primer orden»³⁵—, representaba una clara

³⁰ Cf. *La encíclica «Centesimus Annus» y la «ineficacia» de la Doctrina Social de la Iglesia*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Humanismo cristiano*, o.c., vol. VIII, págs. 214 y sigs.

³¹ Cf. Familia y educación, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Evangelizar*, o.c., vol. IV, págs. 417 y sigs.; La familia cristiana en la Iglesia de hoy, en: *Vivir en Cristo*, vol. V, Toledo, 1989, págs. 389 y sigs.

³² Cf. *La Iglesia de hoy ante la idea de una Europa unida*, en Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *El valor de lo sagrado*, o.c., vol. I, págs. 281 y sigs.

³³ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia*, Toledo, 1987, vol. II, págs. 101 y sigs.

³⁴ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Testigos de la fe*, Toledo, 1990.

³⁵ Cf. J. RATZINGER, «Perspectivas y tareas del catolicismo en la actualidad y de cara al futuro», en *XIV Centenario Concilio III de Toledo 589-1989*, Toledo, 1991, pág. 107.

y decidida invitación a la Iglesia de hoy en España, para que, ante la realidad de la nueva Europa y el reto de su unidad, haga valer y aporte la riqueza espiritual de las raíces católicas de España en la construcción nueva de nuestro continente ³⁶. Naturalmente la respuesta no podría ser la de un catolicismo fácil y superficial, sino el profundamente arraigado en la experiencia interior —¡mística!— de nuestros santos. D. Marcelo era un verdadero y devoto apasionado de Sta. Teresa de Jesús.

Finalmente, aunque no en último lugar, para Don Marcelo la «Presencia del Misterio» tiene un lugar propio: el espacio y celebración litúrgica. Siguió con exquisito cuidado la renovación litúrgica. Bajo su dirección se culmina la versión española y la publicación de todos los libros litúrgicos en lengua vernácula según las indicaciones conciliares del Concilio Vaticano II; y se recupera, siguiendo la tradición de los grandes arzobispos de Toledo, la liturgia mozárabe ³⁷.

«Antes y después del mediodía me atan los asuntos de los hombres» ³⁸, podría haber dicho de sí mismo, como San Agustín; pero siempre al ritmo de la vida y los latidos de la Iglesia, con los ojos puestos en el Maestro como un discípulo fiel, asiduo en la oración y acendradamente mariano ³⁹. Sólo así podría sentirse cercano a los hombres de nuestro tiempo, ofreciéndoles lo más valioso de su vida y ministerio episcopal: el Evangelio de la Salvación, la respuesta que únicamente la Iglesia puede dar. La Iglesia era su pasión. «La Iglesia de amor y obediencia» ⁴⁰. Sólo una Iglesia espiritualmente renovada estaría en condiciones de salir al encuentro del hombre y de la sociedad de hoy. Con este convencimiento se esforzó en responder a los retos de la España que le tocó vivir. Nunca dejó de llamar a todos a una renovada comunión con la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica porque sabía, como nos dejó escrito San Ildefonso ⁴¹, que era preciso que «hubiese seno donde el hombre nacido para la muerte pudiera renacer a la Vida» ⁴².

³⁶ Cf. Ayer y hoy de la Iglesia de Toledo: *El Concilio de Toledo y la unidad católica de España; El Concilio de Toledo. Identidad católica de los pueblos de España y raíces cristianas de Europa*, en: Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Humanismo cristiano*, Toledo, 1993, vol. VIII, págs. 3 y sigs.

³⁷ Cf. *La liturgia hispano-mozárabe hoy*, en Obras del cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Humanismo cristiano*, o.c., vol. VIII, págs. 37 y sigs.

³⁸ Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta* 213,6 (BAC, 99b, pág. 257).

³⁹ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *En el corazón de la Iglesia*, Toledo, 1987, vol. III, págs. 237 y sigs.

⁴⁰ Cf. Obras del Cardenal MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Santa Madre Iglesia*, o.c., vol II, págs. 257 y sigs.

⁴¹ Cf. SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, *De cognitione baptismi*, cap. 73 (BAC 320, pág. 303).

⁴² Cf. SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, *De itinere deserti*, cap. 4 (B.A.C. 320, pág. 320).